

Entre tanto llega el Señor al término de sus dolorosas angustias. El distingue á estas dos personas tan amadas, en la actitud de la resignación más perfecta, de la ternura más viva y del dolor más profundo. Desde lo alto de la cruz fija en ella su vista lánguida, que muy pronto va á extinguirse en las sombras de la muerte, y designándolos al uno y al otro con una mirada, dice á María: MUJER, HE AHÍ TU HIJO. En seguida dice á San Juan: HE AHÍ TU MADRE (1).

Palabras llenas de ternura y de amor. Pero palabras que, como todas las que salieron de la boca del Salvador moribundo, son sublimes y fecundas en su sencillez. Ellas encierran una parte del testamento del Hijo de Dios, que muere por la salvación del mundo. Ellas abrazan una multiplicidad prodigiosa de objetos. Ellas encierran sentidos diversos y misterios profundos, pero todos nobles, todos divinos, todos dignos del tiempo y del lugar, todos dignos del augusto personaje que las pronuncia. Mas antes de entrar á examinar su significación, y sondear el grande, el precioso y agradable misterio que encierran respecto á nosotros en su sentido profético, debemos explicarlas en su sentido histórico é inmediato.

(1) Mulier, ecce Filius tuus; deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua. (*Joan.*, XIX, 26, 27.)

CAPÍTULO II

Explicación literal de estas palabras de Jesucristo á María: «Mujer, he ahí tu hijo»; y de estas otras á San Juan: «He ahí tu Madre.» Solicitud amorosa de Jesucristo para con su Madre y para con su discípulo. Virtudes especiales de San José, figura de las virtudes de San Juan, por las que mereció se le dejase á María por Madre. Valor y recompensa de su virginidad y de su fidelidad á Jesucristo crucificado.

Una tradición antigua y constante, común entre los Padres de la Iglesia, nos enseña que al tiempo de la Pasión de Jesucristo hacía ya muchos años que había muerto el patriarca San José, esposo purísimo de María. Si entonces hubiera vivido, no hubiera abandonado, mientras estaba crucificado en el Calvario, á su amado Jesús, á quien había sustraído con tanta destreza de la persecución de Herodes, á quien buscó con tantos cuidados y tantas lágrimas cuando lo perdió en el templo (1). Jesús moribundo no hubiera quitado á este esposo la custodia del depósito sagrado de María, para confiarla á su discípulo, como nos lo dice uno de los Santos Padres (2). *Este custodio fiel de su Señor*, á quien los oráculos celestiales se revelaban siempre en todo cuanto tenía relación con la santa Familia de Na-

(1) Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te. (*Luc.*, II, 48.)

(2) Neque abrogaretur uxor marito.

zaret, hubiera tenido también la gloria de recibir de la boca del mismo Jesucristo sus últimas instrucciones acerca del cuidado que debía tener del objeto más amado y más precioso que el Hijo de Dios dejaba en la tierra.

María, pues, estaba viuda de su casto esposo, y debía quedar también privada por algún tiempo de su divino Hijo. Pero Jesucristo la da por Madre á San Juan, queriendo por este hecho, dice San Agustín, proporcionarle un apoyo y un sostén. Su esposo virgen le faltaba, y El confía su custodia á un discípulo virgen, indemnizándola del Hijo que pierde con el hijo que le otorga (1). El madero de la cruz, prosigue el mismo santo doctor, era un patíbulo infame, en el que su santa humanidad sufría una muerte cruel; pero era al mismo tiempo una cátedra gloriosa, desde la que la Sabiduría divina instruía al universo. Jesucristo en estas circunstancias quiso enseñarnos con su ejemplo la obligación que tienen todos los hijos piadosos de cuidar de sus padres (2).

San Juan Crisóstomo insiste en la misma idea, y afirma que al asignar el Salvador del mundo á San Juan por hijo de María, quiso darnos una importante lección, y enseñarnos que no hay circunstancia algu-

(1) *Matri quam relinquebat, alterum pro se filium providebat.* (S. Aug.)

(2) *Moralis igitur insinuat locus, et exemplo suo instruit præceptor bonus, ut à filiis piis impendatur cura parentibus. Tanquam lignum illud, ubi erant fixa membra morientis, etiam cathedra fuerit magistri docentis.* (Ibid.)

na en la vida que pueda dispensarnos de cuidar de los autores temporales de nuestros días, y que este deber, que principia con la vida, no acaba sino con ella (1).

Este ilustre doctor añade que al manifestar Jesucristo tanto cuidado por María en aquel momento supremo, y al manifestar igualmente que no moría contento, por decirlo así, sino después de haber provisto al consuelo y al apoyo de esta augusta Madre, hizo ver claramente que María era su verdadera Madre, y que El era, como hombre, su verdadero Hijo, confundiendo de antemano la imprudencia de aquellos herejes que debían poner en duda la maternidad real de María y la filiación verdadera de Jesucristo según la carne (2).

San Cipriano va todavía más lejos. El afirma que el Salvador, al morir, debió mostrarse pensativo é inquieto por la conservación de María, porque Ella era, no sólo su verdadera Madre, sino también su verdadero templo. La divinidad, en efecto, había habitado por espacio de nueve meses en el seno de María, como en el santuario más augusto. Allí fué donde el Cordero de Dios encontró el tálamo purísimo, en el que celebró sus nupcias con la naturaleza humana. María, pues, era una reliquia viviente, la más santa y la más preciosa de todas las reliquias, digna del culto y de la veneración del universo. Y supuesto que todo lugar en

(1) *Matrem Discipulo commendat; erudiens nos ad ultimum usque spiritum parentum curam habendam.* (S. Joan. Crisost.)

(2) *Etiam Martionis obstruxit inverecundiam. Si enim non genitus est secundum carnem, neque matrem habuit; cujus gratia, circa eam solam, facit providentiam?* (S. Joan. Crisost.)

que Dios ha puesto sus pies es digno de adoración (1), ¿de qué homenaje no será digno aquel seno purísimo, en el que reposó el mismo Dios? Aquel depósito sagrado, aquel tesoro inestimable, no podía ser confiado sino á manos puras y fieles. Jesucristo encuentra en San Juan un confidente íntimo, un amigo tierno y un discípulo constante, en quien un valor lleno de celo y un afecto tierno se unen á la pureza de su corazón, y á éste es á quien confía á María por un acta auténtica. El asegura á la que es BENDITA ENTRE TODAS LAS MUJERES la asistencia, el apoyo y la veneración del más fiel de todos los Apóstoles. El deja este templo vivo de la divinidad y su trono augusto en la tierra, este tabernáculo de pureza, la más pura de todas las madres á la custodia del más puro de todos los hombres (2).

¡Oh Providencia! exclama San Ambrosio. ¡Elección verdaderamente digna del que la hace y de la que es el importante objeto de ella! San Juan es constituido heredero de Jesucristo. Pero sólo es el heredero de su amor porque ha sido el imitador fiel de su pureza, y porque ha guardado cuidadosamente su santa integridad. Sus afectos no se hallan divididos, su amor es sin tacha, su corazón es virgen, así como su

(1) Adoravimus in loco ubi steterunt pedes ejus. (*Psalm. cxxxI, 7.*)

(2) Considero te in cruce pendentem de Matre sollicitum: nunc materno moveris affectu, et thalamum humanitatis tuæ Cubiculario dilecto commendas; et provides sedulo *benedictæ inter mulieres* apostolicam clientelam, et obsequium Virginis virgini Discipulo tradis. (*S. Cipr.*)

cuerpo es puro. La habitación de María no era decente y tranquila sino á la sombra de la habitación de Juan (1).

Mas observad, dice San Cirilo, que Jesucristo, no sólo confía María á San Juan porque la ama y la venera como á su Madre, sino que confía también San Juan á María porque le ama y le mira como á su hijo. Las palabras que usa para encomendarlos mutuamente son las mismas; hablando de María, dice á San Juan: *He ahí tu Madre*; y hablando de San Juan, dice á María: *He ahí tu Hijo*. Pues bien; la identidad de expresiones indica una identidad de relaciones y de deberes. Si el amor maternal de María debe encontrar una correspondencia en los cuidados filiales de San Juan, los oficios filiales de San Juan deben encontrar igualmente una correspondencia en el amor maternal de María. Por consiguiente, Jesucristo, por esta disposición amorosa, no sólo aseguró la asistencia de un hijo á María, sino también la ternura de una madre á San Juan. El quiso, no solamente endulzar el desconsuelo de su Madre, sino también recompensar la virtud de su discípulo; para esto creó un parentesco de nueva especie entre estas dos personas; parentesco el más íntimo, el más estrecho, el más necesario, porque tiene por fundamento las relaciones de la madre con el hijo y del hijo con la madre; pero el más perfecto al mismo tiempo, porque

(1) Cum quo Virgo habitare debebat, nisi cum eo quem filii hæredem integratatis, sciret esse custodem? (*S. Ambr.*)

forma su vínculo, no un amor carnal, sino una caridad celestial y divina (1).

Esta conducta generosa y privilegiada que Jesucristo, moribundo, usó con San Juan, recuerda la manera generosa con que Jacob, moribundo, quiso distinguir á José, y puede mirarse la una como figura de la otra. Apenas este último Patriarca recibe la funesta noticia de la última enfermedad de su padre, cuando abandona al momento la ciudad y la corte, y vuela á su lado para tributarle los últimos oficios y recoger su último suspiro (2). José estaba más retirado de la habitación de Jacob que todos sus hermanos, y sin embargo, él es el primero, y aun el único, que se apresura, el primero y el único que llega hasta su padre moribundo. El se coloca junto al lecho, y no le abandona más; sumergido en un profundo dolor, aguarda allí su fin. Este tierno cuidado, este rasgo de piedad filial penetra y conmueve el corazón de Jacob. Este se vuelve hacia su hijo, y con una voz balbuciente le dice: «José, un mérito particular merece una recompensa especial. Por esta causa, además de la proporción de mi herencia, que recibirás como cada uno de mis hijos, te dejo otra como un recuerdo perpetuo de mi afecto especial.

(1) Commendavit Discipulo, ut officia filii in eam observaret. Matrem similiter admonuit, ut parentis in Discipulum auctoritatem haberet; amore videlicet et charitate non minus conjungi voluit, quam si naturæ maxima propinquitate conjuncti essent (S. Ciril.)

(2) Nuntiatum est Joseph quod ægrotaret pater suus: qui... re perrexit. (Genes., XLVIII, 1.)

Ella será tu propiedad, ella no pertenecerá más que á ti, y tus hermanos no tendrán derecho alguno á ella. Esta porción de mi herencia que destino para ti y que te dejo por una donación excepcional, es la más rica y al mismo tiempo la más querida porción de mi patrimonio, porque es la tierra, tan fértil y tan fecunda, que el valor de mi brazo y la fuerza de mis armas conquistaron del Amorreo (1).»

Pero, ¿qué títulos merecieron á José esta donación particular, esta tierna distinción por parte del autor de sus días? ¡Ay! La causa de esto fué que José era el más casto, y al mismo tiempo el más afecto á su padre, el más piadoso y el más fiel de todos los hijos de Jacob. José amó la castidad hasta el punto de ser, en cierto modo, el mártir de ella, y hasta el fin dió á su padre pruebas de su amor, de su ternura y de su fidelidad, por la prisa con que procuró acercarse á su lecho de muerte, y por el constante amor con que le asistió.

Por estos mismos títulos, dicen los intérpretes, además de la proporción que pertenecía de derecho á San Juan, como apóstol de Jesucristo, y que le era común con los demás Apóstoles, recibe también una porción particular de su santa herencia; porción que le es propia y peculiar, porque el Salvador moribundo no la ha dado más que á él; porción la más noble y la más ama-

(1) Ait ad Joseph filium suum: Do tibi partem unam extra fratres tuos, quam tuli de manu Amorrhæi in gladio et arcu meo. (Idid.)

da de Jesucristo, pues que esta porción es María, su propia Madre, aquella tierra misteriosa que el Señor bendijo y que conquistó del príncipe de las tinieblas por la fuerza de su poder divino, preservándola del pecado original, y sustrayéndola así á su funesto imperio y á la cautividad común de todos los hijos de Jacob (1). San Juan adquirió una herencia tan rica y recibió un legado tan glorioso en la persona de María, que le fué dada por Madre, porque tuvo los mismos títulos, como hemos dicho, que llamaron á José á la porción escogida de la herencia de su padre; es decir, su pureza y su fidelidad (2).

El obtuvo este privilegio, en primer lugar, por su pureza; porque, como asegura el venerable Beda, San Juan, á quien el Señor encontró puro y virgen cuando le llamó al apostolado, se conservó virgen y puro toda su vida, y el privilegio de la virginidad fué lo que le hizo merecer el del amor de Jesucristo (3). Lo que le agradó á Jesucristo en San Juan fué aquella virtud delicada, exquisita y sublime, que tanto le había agrada- do en María. Y si este discípulo afortunado mereció tener por Madre á la propia Madre de Dios, sólo lo debió al mérito de una pureza santa, por lo que, como obser-

(1) Benedixisti, Domine, terram tuam; avertisti captivitatem Jacob. (*Psalm. LXXXV, 2.*)

(2) Virginitate et proximitate crucis Mariæ maternitatem obtinuit.

(3) Propter privilegium castitatis à Domino amabatur, quoniam virgo ab eo vocatus, Virgo in ævum permansit. (*Beda.*)

va San Juan Crisóstomo, había merecido ya María tener por Hijo á un Dios (3).

¡Privilegio inestimable de la virginidad! ¡Valor singular de esa pureza santa, que eleva el corazón del hombre hasta Dios, que le hace singularmente amado, que le hace el objeto de sus complacencias, que atrae sus miradas, y que obtiene de El las bendiciones más abundantes y el amor más tierno!

En segundo lugar, San Juan recibió en María la recompensa de su valor, de su constancia y de su fidelidad. De todos los discípulos de Jesucristo fué el único que le acompañó hasta el Calvario, el único que, sin acobardarse por el odio y el furor de los judíos, tuvo el valor de confesarse públicamente su discípulo, y de asistir á su muerte. El fué, por consiguiente, no sólo el más puro de los Apóstoles, sino también el más generoso, el más afectuoso y el más fiel. ¿Qué extraño es, pues, que fuese el más ampliamente recompensado en la distribución que Jesucristo, moribundo, hizo de las riquezas de su amor? ¡Afortunado San Juan, exclama el obispo Teófilo, que tuvisteis la intrepidez, la constancia y la generosidad de acompañar á Jesús hasta el suplicio y de permanecer junto á su Cruz! ¡La nobleza y la pureza de vuestros sentimientos os alcanzaron el honor de ser elegido por hermano de Jesucristo, y de ser dado por hijo, en lugar suyo, á María, su pro-

(2) Cum beata Maria super ommen humanam naturam castitatem servaret, propterea Christum Dominum in ventre concepit. (*S. Joan. Crisost.*)

pia Madre! Tal es la ventura inestimable del que se une á la cruz, permanece en compañía de Jesús crucificado, y contempla en el Calvario los misterios del Hijo y las penas de la Madre. Por estos medios se une á Jesucristo, no sólo por el amor, sino también por la amistad más íntima y por el parentesco más estrecho (1).

Pero, ¡qué sabiduría y qué amor tan tierno se nota, dice el mismo Padre, en esta elección y en esta disposición! María y San Juan son los objetos más caros que Jesucristo deja en la tierra; María, que le engendró de su substancia, y San Juan, que le ha imitado en su vida; María, que concibió el Verbo de Dios en su seno, y San Juan, que ha concebido de El la idea más clara en su espíritu; María, sobre cuyo pecho reposó Jesucristo, y San Juan, que ha reposado sobre el pecho de Jesucristo. El Señor quiso dejar á María un recuerdo de su persona, y hacerle una donación, y no tuvo otra cosa mejor que ofrecerle que aquel á quien amaba más que al resto de los hombres. El quiso dejar una herencia á San Juan, y no pudo dejarle otra cosa mejor que aquella á quien amaba sobre todas las mujeres. Aquella Madre, sumamente amada, no podía tener un hijo mejor que San Juan, objeto de la predilección de Jesucristo, ni el discípulo amado podía encontrar una madre mejor que María, sumamente amada. Al recibir San Juan á María, á

(1) Dixit Matri: Hic meo loco erit tibi; tu eris ei pro me... Papæ! quomodo observat Discipulum, fratrem suum ipsum faciens! Usque adeo bonum est manere apud patientem Christum; nam in fraternitatem illius ducit! (S. Teoph.)

quien el mismo Jesucristo había escogido por Madre, todo lo había recibido con Ella. Y cuando Mariarecibió á San Juan, á quien Jesucristo había amado como á su hijo predilecto, nada más podía ya recibir. Por consiguiente, el Señor no podía dar al uno y al otro una herencia más rica, no podía hacerles una donación más agradable, ni dejarles un recuerdo más precioso ni una prueba más convincente de su ternura y de su afecto (1). ¡Oh! ¡Cuán tierno es el corazón de Jesús! ¡En medio de los padecimientos terribles é inauditos, en medio de tantos oprobios y de tantas amarguras como afigieron á su humanidad santa, nada omite, nada olvida, nada deja sin recompensa!

Todo cuanto hacemos por la carne, por las criaturas y por el mundo, todo es vano, todo es perdido y todo se lo lleva el viento, y aun en el caso de que por ello no merezcamos un castigo, no tenemos derecho para esperar ningún fruto ni recompensa alguna. Sólo siguiendo á Jesús, amando á Jesús y permaneciéndole fieles hasta la cruz, es cuando no corremos ningún riesgo ni tenemos cosa alguna que perder. Los menores esfuerzos, los más pequeños sacrificios, los tiene contados y anotados para que no queden sin recompensa. Nada escapa á la sabiduría de su espíritu ni á la liberalidad de su corazón. ¿Y por qué no hemos de hacer por ese Dios de amor, que nos salva y nos recompensa, al menos lo que hacemos por un mundo que sólo procura nuestra corrupción, nuestra desgracia y nuestra perdición?

(1) Commendat Discipulo, summe dilectam maxime dilecto, virginem virgini. (S. Teoph.)